

La clase media en la Venezuela actual

Margarita López Maya

Junio de 2005

No es sencillo reflexionar sobre cómo nos vemos a nosotros mismos, evaluarnos en nuestras acciones políticas y pensamientos. Por ello, para analistas sociopolíticos como quien esto escribe, adelantar algunas ideas para debatir sobre el tópico de las clases medias y sus actuales identidades políticas – perteneciendo a tales clases medias- es una tarea complicada, pero a la vez bastante atractiva y además necesaria. En este corto ensayo, sólo voy a tejer en torno a 3 ideas que me parece pudieran ser de interés:

Conciencia de clase

Pareciera en Venezuela, que la conciencia de clase se potenció en años recientes. La génesis de este fenómeno arranca en los años 80, cuando se profundizó la exclusión de amplios sectores de la población de los beneficios materiales de la democracia petrolera. Anteriormente, la mayoría de los venezolanos nos identificábamos como clase media, así fuéramos obrera (Baloyra y Martz 1979 en Buxton, 2003). Ahora, la polarización clasista que se expresa en las identidades políticas, tuvo como abono el proceso sostenido de polarización social que evolucionó a partir de los años del agotamiento del modelo de sustitución de importaciones, con la continua recesión económica y la aplicación de programas de ajuste de naturaleza neoliberal. En ese proceso, hubo primero un despertar de la conciencia del pobre y excluido; pero, después del Caracazo, y más nítidamente con Chávez como Presidente, el no pobre, fue adquiriendo conciencia de ser un sector social diferenciado, bien medio o alto.

Señalemos algunos hechos que revelan este proceso. Antes del Caracazo, las organizaciones vecinales, en su mayoría de sectores medios, desarrollaron jornadas de protesta en la capital, buscando mudar al aeropuerto militar de la Carlota fuera de la ciudad, argumentando los peligros de accidentes en la autopista Francisco Fajardo que podían suceder, así como la contaminación sónica producida por los aviones. Parecía una demanda de toda la sociedad. Durante el Sacudón, empero, estas organizaciones tuvieron como reacción la constitución en algunos condominios y urbanizaciones de brigadas para defender sus bienes frente a los “pobres”, a quienes comenzaron a ver con temor y como delincuentes. Nunca más después de ese trágico evento dichas organizaciones volvieron a plantear la mudada del aeropuerto, toda vez que fue por éste por donde el gobierno trasladó los mayores contingentes de soldados que reprimieron brutalmente a los sectores populares esos días. Después surgió la obsesiva preocupación por la seguridad ciudadana, formándose en estos sectores sociales grupos con claros prejuicios contra los pobres como “luces contra el hampa”. En el imaginario de sectores medios hampa y pobres se tornaron casi sinónimos. Otro ejemplo vendría expresado en las encuestas realizadas por Consultores 21 en los años 90, citadas por Roberts (2003). Ellas revelan cómo comenzó en esa década a diferenciarse los puntos de vista

políticos de sectores bajos y medios bajos con relación a sectores altos y medios altos. Los “de arriba” se dejaban convencer de las bondades de la retracción del Estado sobre la sociedad y sobre las cualidades del sector privado para impulsar la nueva fase modernizadora, mientras los pobres seguían pensando que el Estado era necesario, teniendo como obligación asegurar condiciones básicas de vida a los más débiles.

Referentes que moldean las identidades

Algunos componentes importantes de la identidad política de los sectores medios responden a valoraciones y representaciones simbólicas que han sido muy marcadas por el desprecio hacia la política, los políticos y los partidos. Ante el eclipse de la política en tiempos de neoliberalismo, muchos ciudadanos de todos los estratos recurrieron para orientarse políticamente a referencias de ámbitos privados como las iglesias, la familia, los amigos, las emociones. Se han apoyado en parámetros dados por la educación formal, predominantemente para los sectores medios, proveniente de colegios privados y religiosos. En estos espacios los pobres no existían, pues por el elevado costo de la matrícula no tenían capacidad de acceso. Con más énfasis que en el pasado, se dio entre sectores medios una socialización entre individuos de similar ingreso y contexto sociocultural, que dejó fuera a la mayoría de la población. Los pobres se volvieron invisibles para estos grupos, reforzándose este fenómeno también por una importante territorialización de la polarización social en las ciudades. Cada cual comenzó a vivir en una especie de “gheto” marcado por su pertenencia de clase. Otro factor adicional han sido los medios de comunicación privados, que construyeron un mundo ficticio, una Venezuela predominantemente blanca con estética y cánones gringos o europeos (v. Ishibachi, 2003).

Como parte de este contexto, se idealizaron organizaciones civiles y sociales en contraste con los “insufribles” partidos, considerándose las “auténticamente” democráticas y honestas. Auto-identificadas como “la” sociedad civil, dichas organizaciones produjeron identidades políticas incapaces de ver al “otro” distinto de sí mismos. Peor aún, en el caso de que lo percibieran, lo evaluaban como inferior a ellos -y en algunas vecinales los veían simplemente como delincuentes y les fueron teniendo pánico. En los reiterados calificativos de “turbas”, “hordas”, “populacho”, etc., que se oyeron y *grafitaron* en los años insurreccionales de la oposición política (2001-2004), se expresaron profusamente los prejuicios sociales de estos grupos. El racismo también afloró con fuerza entre locutores y dueños de medios de comunicación privados y fue constatado también entre gente del común de la clase media en documentales como la reunión de condominio de vecinos del este que aparece en *La revolución no será televisada* (2003).

Recomposiciones actuales

Una tercera idea que apenas bosquejaré, tiene que ver con la situación actual. Los años entre 2001 y 2004 que llamé insurreccionales de la oposición han sido

de verdadera conmoción sociopolítica y en las distintas confrontaciones habidas, que abarcaron desde modalidades violentas hasta convencionales pasando por todos los matices, los diversos sectores en pugna al calor de la lucha, han venido reajustando sus identidades y percepciones del otro. Hoy pareciera poco probable para buena parte de los sectores medios desconocer la realidad de los pobres, distinta socio-culturalmente, mayoritaria y poderosa. Es un avance en esta difícil transición.

Se podría plantear como hipótesis de cierre, que las identidades políticas actuales de las clases medias están en plena reevaluación y reacomodo, necesitando de organizaciones y líderes políticos que se sobrepongan a los fallidos ensayos del pasado reciente, y logren moldear y expresar para el sistema político emergente la diversidad y riqueza de estos sectores. Han no sólo de expresar las demandas de inclusión en el proyecto nacional de estos sectores, sino también mejorar sus actitudes de reconocimiento y respeto a los "otros", a aquéllos que no comparten sus imaginarios de clase y/o modelos de futuro. De hecho, hoy observamos una dinámica de nuevas identidades políticas, que van desde una derecha ideológica como Súmate y Primero Justicia, fuertemente comprometida con una modernización económica y política ligada a cánones estrictamente occidentales y sobre todo estadounidenses; hasta esfuerzos de organizaciones también de oposición, que se presentan como ideológicamente de centro izquierda, y cuyos discursos son un poco más abiertos en términos de modelos para la sociedad, y pudieran ser más susceptibles de incluir alternativas de futuro distintas a la neoconservadora (v. la búsqueda de una plataforma de partidos de centro izquierda en *El Nacional*, 7-4-2005). Estas organizaciones, si quieren superar la condición de minorías y ampliar su influencia política, necesitarán ampliar sus paradigmas cognitivos y políticos para atraer también a otros sectores sociales que no comulgan de igual manera que ellos con las referencias socioculturales euro-céntricas que hasta la fecha predominan en los documentos programáticos para Venezuela que han emitido. De adelantarse en esta dinámica, podría eventualmente la política venezolana bajar su fuerte sesgo de clase.

Referencias

- Buxton, Julia (2003): "Economic Policy and the Rise of Hugo Chávez" en Steve Ellner y Daniel Hellinger, eds., *Venezuelan Politics in the Chávez Era. Class, Polarization & Conflict*. Boulder, Lynne Rienner Publishers, pp. 113-130.
- Ishibashi, Jun (2003): "Hacia una apertura sobre el debate del racismo en Venezuela: exclusión e inclusión estereotipada de personas 'negras' en los medios de comunicación" en Daniel Mato, coord., *Políticas de identidades y diferencias sociales en tiempos de globalización*. Caracas, Faces UCV.

La revolución no será televisada (2003): dirigida por Kim Bartley y Donnacha O'Brian. Irlanda (74 minutos).

Roberts, Kenneth (2003): "Social Polarization and the Populist Resurgence in Venezuela" en Steve Ellner y Daniel Hellinger, eds., *Venezuelan Politics in the Chávez Era. Class, Polarization & Conflict*. Boulder, Lynne Rienner Publishers, pp. 55-72.